



Las aventuras de

El Genio Proscenio

¿Qué le pasa al Emperador?



MERCÉ VIANA

 DYLAR

3



Una visita inesperada

El colegio había cerrado sus puertas hasta el mes de septiembre y los rayos de un sol alegre conseguían que mayores y niños buscaran las sombras de los árboles o el fresco del interior de las casas.

El último trimestre, antes de las vacaciones, había resultado un poco pesado para Víctor y Lucía. Los recuerdos de su viaje a Egipto en las vacaciones de Semana Santa bailaban en sus cabezas y su habitual distracción en clase conseguía regañinas del profesor. Los padres, enterados de

lo que estaba pasando, tuvieron una conversación muy seria con ellos y consiguieron que se pusieran las pilas y superaran el curso, incluso con buenas notas.

Justo a los cinco días de haber regresado del crucero por el Nilo, los muchachos recibieron una carta. Las letras eran plateadas y no tenía remite. Cuando abrieron el sobre, comprobaron que estaba vacío.

—¿Quién habrá sido el gracioso...? —dijo Lucía bastante molesta.

—O la graciosa, guapa, que también ha podido ser una chica, ¿no? —protestó su hermano.

—Será la Mari Pili esa que te mira con ojos de cordero degollado —comentó de nuevo la muchacha entre risas.

—¡Vaya! La niña está graciosa

—contestó Víctor un poco molesto—. Dámelo, que lo voy a tirar a la basura.

Pero, justo en ese momento, comenzaron a salir palabras y más palabras de un rosa fosforito que, después de danzar a ritmo de chachachá, quedaron suspendidas en el aire formando este mensaje:

«Muchachitos bonitos, os ruego que no intentéis ponerlos en contacto con mi ilustre persona. Ahora estoy muy ocupado. Cuando tenga tiempo, os visitaré y os compensaré.

Firmado: Proscenio, el no va más de los genios».

Unos segundos más tarde, el mensaje se evaporó como una gota de agua bajo el sol de agosto.

Los hermanos se miraron y:

—¿Tú crees que estará enfadado con nosotros? —preguntó Lucía.

—¿Por qué va a estar enfadado si no le hemos hecho nada? Además, en el mensaje decía que nos visitaría cuando pudiera —contestó Víctor.

—Es verdad... —dijo aquella.

La carta no impidió la melancolía derivada de los recuerdos de sus viajes con Proscenio, pero la llamada de atención de sus padres consiguió disiparla. El tiempo fue pasando y la organización de la fiesta de final de curso también los mantuvo muy ocupados.

El primer día de las vacaciones, Suni, la madre, les habló muy claro:

—Bueno, chiquitos, el que estéis de vacaciones no significa que hagáis el vago. De eso nada. Os levan-

taréis como muy tarde a las diez, nos descargaréis de algunas tareas de la casa y a las doce podréis iros a la piscina del polideportivo con vuestros amigos y amigas. Por la tarde y antes de salir por ahí, os quiero ver con un libro en las manos o haciendo alguna actividad de escritura o de lo que sea, me da igual.

—¡Jo, mamá! —protestaron los chicos—, que estamos de vacaciones...

—Vacaciones escolares, chiquitos, por eso no iréis al colegio, pero eso no significa que tengáis que estar tumbados a la bartola todo el día —les contestó de nuevo la madre.

—¡Pues vaya rollo! —rezongó Lucía.

—¡Menudo fastidio! —añadió Víctor.

Cada tarde, cuando Juan y Suni se

bajaban a la tienda, los muchachos salían a la terraza de casa a leer un rato. A esas horas no le daba el sol y se estaba bastante bien. Sus padres les habían regalado varios libros de cuentos, de leyendas y de mitos para que no dejaran el hábito de la lectura. Más tarde, cuando el calor disminuía, Víctor y Lucía salían de casa para reunirse con sus amigos.

Una de aquellas tardes, Lucía dejó el libro que tenía entre las manos y, con una sonrisa que le robaba terreno a la risa, le dijo a su hermano:

—¡Jo! Se han pasado tres calles. ¿Quién se va a creer esto?

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó Víctor.

—De la leyenda que estoy leyendo. Escucha, escucha que te vas a morir de risa:

»El que Augusto llegase a convertirse en uno de los emperadores más grandes de la historia de Roma no es una casualidad. Augusto estaba tocado por la gracia de las grandes divinidades.

»Se cuenta que, siendo Augusto un niño, se presentaron ante él algunos de los grandes dioses romanos para comunicarle lo que habían decidido.

»Júpiter, el gran príncipe de los dioses, le dijo que estaba predestinado a convertir a Roma en un gran Imperio. Venus le vaticinó que, bajo su mandato, Roma viviría un florecimiento cultural, artístico y literario único en su historia, y Marte le comunicó que el Imperio romano gozaría de una etapa tranquila, porque las guerras se reducirían notablemente.

»Augusto que, a pesar de su corta edad, tenía la inteligencia de un

adulto y razonaba como un hombre, conocía perfectamente la situación de olvido que padecían los dioses entre el pueblo romano y, en agradecimiento a tanta distinción, les prometió que cuando fuera el emperador de Roma restablecería los cultos y rituales olvidados y que consolidaría la religión para que las divinidades fueran veneradas tal y como se merecían.

»Los tres dioses sonrieron complacidos y, elevándolo hasta las nubes, le permitieron, acompañado por ellos, recorrer el Imperio romano para que conociera hasta dónde llegaban sus fronteras.

»Su padre, Cayo Octavio Turino, hombre adinerado y gobernador de Macedonia, que estaba contemplándolo todo, sonrió y dijo:

«—Ahora ya me puedo reunir con los dioses.

»Cuando murió, su hijo Augusto tan solo contaba con cuatro años de edad.

—¿Y por qué dices que se han pasado tres calles? —preguntó de nuevo el muchacho.

—¿Por qué va a ser? Todo ese rollo de los tres dioses y que lo elevan hasta las nubes...

—No sé de qué te extrañas. Al fin y al cabo es una leyenda, ¿no? —comentó Víctor.

—Sí, tienes razón, pero...

—¿Pero qué? —dijo una voz muy conocida y querida por los chicos—. Constato, compruebo o verifico, tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando, que sigues siendo una muchacha desconfiada, quisquillosa y pánfila.

Víctor y Lucía, al oír aquella voz, dejaron caer los libros, se levantaron de un salto y exclamaron a la vez:

—¡Proscenio!

—¡Ajajá! Veo y apruebo, caritas de confitero, que no me habéis olvidado, a pesar del tiempo pasado —contestó el genio, sin dejarse ver.

Los chicos miraron aquí y allá hasta que:

—¿Se puede saber dónde te has escondido? Siempre estás igual, Proscenio —exclamó Víctor.

—¡Igual, igual, igual...! Sabes muy bien, tararí, tararé, que eso no es verdad. Unas veces soy enorme, otras muy chiquito y otras que ni fu ni fa.

De pronto, exclamó Lucía:

—¡Ajajá! ¡Ya te he visto, so listo! Mira, Víctor, ¿lo ves junto a la rosa roja?

Efectivamente. Una figurilla diminuta se movía sin cesar entre los pétalos de una rosa preciosa. Proscenio pegó un gran salto y se colocó justo delante de los mellizos. Al instante comenzó a crecer y a crecer hasta convertirse en el genio de siempre.

Su aspecto tampoco había cambiado esta vez. Continuaba con la cabeza rapada excepto el pequeño círculo en la misma coronilla poblado de hermosos cabellos rojizos, atados con una cinta dorada. Su túnica plateada y adornada con numerosas G P de múltiples colores también parecía la misma.

Lucía lo miró emocionada al tiempo que esbozaba una sonrisa maliciosa. Se le acercó y, mirándolo de arriba abajo, le dijo en tono burlón:

—Oye, Proscenio, ¿es que tú no te cambias nunca?

Víctor la miró sorprendido. Aquello, además de una falta de respeto, parecía una provocación. Acto seguido, desvió su mirada hacia el genio temiendo una reacción desagradable.

Sin embargo, Proscenio parecía tranquilo. Con una calma sospechosa, el genio se sacó un chicle del fondo de uno de sus bolsillos invisibles, se lo metió en la boca y, después de hacer varios globos gigantes, fue extendiendo con lentitud los brazos mientras decía:

—Tan solo las gallinas cacarean.

»Si Lucía cacarea,

»debería ser una gallina.

Y, al instante, la muchacha se convirtió en una escuálida gallina de plumas descoloridas.

Víctor comenzó a reír como un poseso, mientras Proscenio reanudaba su sesión de globos.

Lucía, al ver su transformación, se quedó muda por el espanto, pero cuando pudo reaccionar, comenzó a gritar fuera de sí:

—¡Esto es intolerable! ¿Cómo puedes ser tan desagradecido? Te hemos salvado de aquel bote de cerveza. He demostrado quererte un montón y ahora, por una simple pregunta, ¿me conviertes en esto? ¿Sabes lo que te digo? ¡Qué eres un genio chiflado!

Proscenio, cambiando el chicle por una piruleta de fresa, le contestó:

—Tú cacarea, cacarea...

Lucía, que de tonta no tenía un pelo, comprendió que así no iba a solucionar nada y, cambiando enseguida de actitud, le dijo:

—Vale, vale. La verdad es que sólo quería gastarte una broma. Reconozco que he sido una impertinente. ¿Me perdonas?

—No sé, no sé... —le contestó el genio, mientras recorría la pequeña terraza.

—¿No querrás dejarme así, verdad? —preguntó la muchacha con temor.

—Hum y rehum. No sé, no sé...

Víctor se partía de risa, cosa que a Lucía la ponía a mil.

—¿Te imaginas que vengan mis padres? ¿Tú sabes cómo van a sufrir? Anda, Proscenio, no seas tan cruel conmigo por favor.

—Eso se piensa antes —contestó el genio, mientras le guiñaba un ojo a Víctor.

Lucía, o mejor dicho, la gallina escuálida de plumas descoloridas comenzó a suplicar de manera tan desconsolada que hasta su hermano se enterneció y, aunque confiaba en que



Proscenio no sería capaz de dejarla en aquel lamentable estado, lo miró suplicante. El genio aceptó aquel ruego sin palabras y decidió actuar. Se agachó hasta la altura de la gallina y le sopló a los ojos durante unos segundos. Al instante, Lucía recobró su estado habitual y, desbordante de alegría, comenzó a dar saltos como si fuera un canguro.